

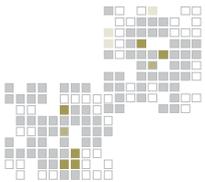
LECCIÓN MAGISTRAL DE ANTONIO PASQUALI EN APERTURA DEL XII CONGRESO DE ALAIC: "EL PENSAR CRÍTICO LATINOAMERICANO Y LOS DESAFÍOS DE LA CONTEMPORANEIDAD".

AULA MAGNA BY ANTONIO PASQUALI IN THE OPENING OF THE XII ALAIC CONGRESS: "LATIN AMERICAN CRITICAL THINKING AND THE CHALLENGES OF CONTEMPORANEOUSNESS"

AULA MAGNA DE ANTONIO PASQUALI NA ABERTURA DO XII CONGRESSO DA ALAIC: "O PENSAMENTO CRÍTICO LATINO-AMERICANO E OS DESAFIOS DA CONTEMPORANEIDADE"

Antonio Pasquali (Venezuela)

14



■ Doctorado en Filosofía por la Universidad de París Sorbona, mención "tres honorable": tesis: "Renouvier y Bergson: el problema de la libertad". Bachiller en Humanidades y Educación por el Liceo Andrés Bello y Licenciado en Filosofía y Letras (mención Filosofía), de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Profesor de Psicología y Filosofía en La Guadalupe y en Moral y Luces. Fundador y primer Director del Centro Audiovisual de Ministerio de Educación en 1959 (hoy Departamento de Tecnología Educativa), Caracas. Fundador y primer Director del Departamento Audiovisual de la Escuela de Comunicación Social de la UCV en 1960. Reconocido con la Orden 27 de Julio que otorga el Ministerio de Educación, Orden Andrés Bello que otorga la Presidencia de la República y Orden José María Vargas que otorga la Universidad Central de Venezuela.

■ E-mail: apasquali6@gmail.com.



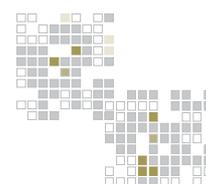
Lima, 06-08 agosto 2014

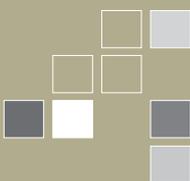
Distinguidos Colegas, queridos Amigos,

Agradezco a la Directiva de ALAIC la generosa invitación a pronunciar estas palabras liminares. Nunca hubiese imaginado en 1978, mientras concebíamos en Caracas la creación de nuestro ente regional, que 36 años después me tocaría dirigirme en Lima a su XII° Congreso. Sé perfectamente que estos decenios no siempre han sido fáciles para la Asociación, que mucho debemos a la seccional brasilera y a la de otros países si ella pudo superar años incómodos en razón de nuestros azares políticos o de las precariedades de nuestras universidades. Pero aquí tenemos a ALAIC de pie, en 2014, celebrando su cónclave; entonemos en su honor un *gaudeamus igitur* y deseémosle una larga y fructífera prosecución de sus actividades.

El tema central del presente Congreso es poderosamente vasto y estimulante: emplaza los investigadores de la región a arrostrar “los desafíos de la contemporaneidad”, que en buena parte tienen su origen en las entrañas de eso mismo que investigamos, la comunicación. El descriptivo del evento formula con claridad la pregunta: “Qué realidades y transformaciones del mundo contemporáneo nos plantean nuevas interrogantes y reclaman enfoques que permitan comprender la relación entre comunicación, cultura y sociedad”. Aún dejando de lado los desafíos ecológicos y políticos, los tecno-científicos y económicos que trascienden la esfera del comunicar, la pregunta sigue hinchada de significado porque el desarrollo cuantitativo y cualitativo de la comunicación ha sido de tal magnitud que está dando vida a inéditas recomposiciones del humano convivir, a nuevas praxis de la inter-subjetividad que vienen transfigurando nuestra manera de practicar el humanismo. Hay además una curiosa coincidencia que multiplica la vigencia de nuestro tema central. Los más importantes de esos progresos se han producido en los mismos decenios que tiene de vida ALAIC. En 1978 aún nos las ingeniábamos con máquinas de escribir, papel carbón y tippex, multígrafos y gloriosas linotipos, además del lento y estruendoso télex; daban sus primeros pasos el DDI, la fotocopidora y los cassettes, y no existían aún – tomen buena nota los más jóvenes – ni computadoras ni impresoras, ni fax ni telefonía celular e inteligente, ni escáner ni Internet, todo ese entorno cibernético sin el cual pensamos que no podríamos vivir.

Esta coincidencia merece una breve meditación: sin dejarnos encandilar más de la cuenta por los cambios cuantitativos y tecnológicos en el comunicar, tampoco podemos tomarlos a la ligera porque constituyen una prueba eclatante de cómo la cantidad, al superar cierto umbral, se vuelve calidad. En nuestro campo, el salto cualitativo fue mega-galáctico, como dirían mis nietos. Hoy día, se nos informa, el género humano consume en comunicaciones el 10% de toda la electricidad que produce, y gasta en ellas un descomunal 13% del PIB del mundo; la carrera de las inteligencias artificiales o artelecs para superar la de nuestra materia gris – lo aseguró hace semanas el muy confiable Ray Kurzweil – logrará su objetivo hacia 2029, dentro de 15 años apenas, y sólo nos queda esperar, añade el futurólogo, que esas superiores inteligencias artificiales sean benévolas con los humanos. En menos de treinta años hemos pasado de una relativa modestia y una poco democrática distribución de recursos comunicantes a un inimaginable sobre-equipamiento siempre más eficiente, menos costoso y más equitativamente repartido, y si a pensar fuéramos en términos de un siglo o poco





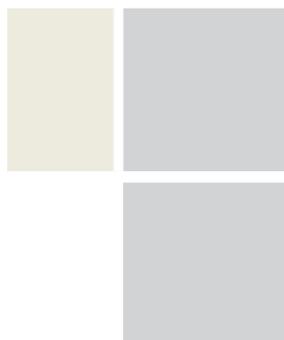
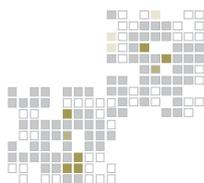
más, las comparaciones se volverían asombrosas: en 1.865 el uso del cable submarino transatlántico costaba 10 francos-oro la palabra y hoy estamos en vísperas de alcanzar la gratuidad absoluta en telefonía nacional e internacional vía VoIP, probablemente la única que sobrevivirá. Nos enviamos diariamente 300.000 millones de e-mails, el pasado abril WhatsApp anunció haber alcanzado los 64.000 millones de mensajes diarios, cada 48 horas lanzamos a la red 5.000 millones de gigas de información (el equivalente de toda la que generó la humanidad desde el 7.000 a.C. hasta el 2003 de nuestra era), en 2012 hemos gastado 1.500.000 millones de dólares, el 2% del PIB del mundo, hablándonos por teléfono, casi tanto como el gasto militar global de 1.740.000 millones en 2013); la supercomputadora china Thiane 2 acaba de alcanzar la velocidad de 33,86 petaflops, esto es, de 32.860.000 millones de millones de operaciones/seg... y paremos de marearnos. Son cifras que evocan la explosión, el inalcanzable crecimiento exponencial que genera en nosotros el síndrome de la tortuga ante un Aquiles demasiado veloz; pero cifras portadoras de cuatro clarísimas e indubitables señales que todo pensamiento crítico - como el que queremos que reine aquí - debe retener:

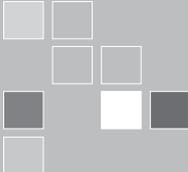
Primero, que las tecnologías de estas cuatro décadas - aún las nacidas en ámbito militar - han felizmente asestado un rudo golpe al totalitarismo de las de la anterior generación, de la radiotelevisión, y devuelto a la humanidad entera un poder inconmensurable y democratizador antes acaparado por oligarquías: el poder de emitir mensajes a unos o a millones, hacia el entorno o el otro cabo del mundo; un poder cuya perennidad nos tocará defender con fuerza de muchas insidias disfrazadas de buenas intenciones, a fin de garantizar a todos igualdad, equidad y neutralidad, derrotando por ejemplo los intentos ya en acto de dar vida a una Internet de primera y otra de segunda.

Segundo, que - quiérase o no - investigar en comunicaciones significa, hoy más que ayer, incursionar en tres sensibles cotos ajenos: a) en un sector de la economía que, con sus 8.000 millardos de dólares anuales, ha devenido en el principal y más poderoso de nuestra época; b) en la función de control social más apetecida por políticos y servicios de inteligencia (véanse los casos Assange y Snowden); y c) en un coexistir del hombre siempre menos presencial y siempre más mediatizado, ergo intervenible. Tengamos conciencia que ese tríplice poder genera sobre nosotros, directa o indirectamente, presiones destinadas a condicionarnos, amansarnos o silenciarnos;

Tercero, que bajo los apremios de un incesante y exitoso *aggiornamento* tecnológico, incluso en sus facetas más positivas, la comunicación interpersonal, los medios masivos de comunicación y los sistemas educativos que conocerán nuestros nietos poco tendrán que ver con los que conocieron nuestros padres y aún practicamos en nuestra etapa de transición;

Cuarto, que el actual tsunami tecnológico y sus refinados controles y espionajes están liquidando los últimos vestigios de la privacidad (un drama para este mundo hiper-individualista), exacerbando la contradicción entre el potencial libertario de muchas tecnologías y la tentación de control que ellas inducen, entre sociedades abiertas y democráticas y sociedades cerradas y autocráticas, entre quienes disfrutan de la ecuación información=poder y los condenados a vivir la desinformación



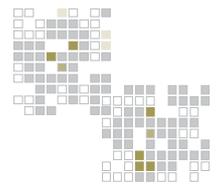
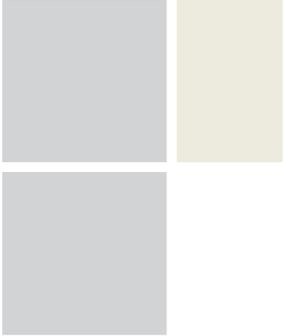


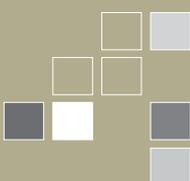
como debilidad endémica. El mapa mundial de los flujos de Internet, que transitan al 85% y sin la menor garantía de inviolabilidad por un solo y mismo país, es un claro ejemplo de esta dialéctica entre la deseable neutralidad de la red y el control real de sus metadatos y contenidos. “Todos los derechos tutelados offline deben ser igualmente tutelados online”, sentenció hace poco, desiderativamente, el Alto Comisario por los Derechos Humanos de la ONU. Al equivocado elogio de la Sociedad Transparente de Vattimo opone hoy Byung-Chui-Han fuertes sirenas de alarma: vivir sin secretos es peligroso, la pérdida de privacidad elimina el “otro”, atrofia la intuición, paraliza la política de sociedades que ya no cultivan “el coraje del secreto”.

Estas cuatro razones - ante las cuales se pregunta hoy la humanidad si el nuevo comunicar nos hará más libres o más controlados - vuelven históricamente crucial la tarea que se ha asignado esta Asamblea, de repensar desde Latinoamérica la relación entre comunicación, sociedad y cultura. Dichas razones, es metodológicamente importante señalarlo, son variables independientes de la postura conceptual, de escuela, política o ideológica que se tenga ante las comunicaciones, lo que equivale a decir que desde el ángulo que sea siempre habrán de asumirse en todo análisis de aquellas “transformaciones del mundo contemporáneo” que han impactado las formas y modos del comunicar.

Una segunda aproximación a la gran interrogante de este Congreso –también es preciso mencionarla - se nos hace evidente al introducir la variable geo-cultural, al pensarla desde Latinoamérica. Muchos de quienes nos ocupamos de comunicaciones en la región, lejos de ser investigadores puros como en otras partes, tenemos cuando menos tres almas: vivimos confrontados a problemáticas nacionales más o menos complejas ante las que asumimos a menudo posiciones y compromisos; desde hace décadas, se yergue ante nosotros el proyecto nunca ejecutado de una integración regional en la que ni siquiera las comunicaciones físicas alcanzan la mínima suficiencia; casi no comparamos con el resto del mundo el análisis de una problemática definitivamente globalizada, dejando que la piensen otros, concretamente los colegas del primer mundo. La pregunta por “los desafíos de la contemporaneidad” admite pues otro abanico de respuestas dimensionadas por la perspectiva nacional, regional o universal que se adopte.

En cuanto a las dimensiones nacionales de los desafíos, no creo que el investigador latinoamericano deba bajar su guardia moral y política en aras de una investigación “torre de marfil”: la gran mayoría de nuestras sociedades está lejos de asegurar a todos el acceso a las viejas y nuevas tecnologías y la plena capacidad de emitir mensajes (por lo que sufrimos de una crisis permanente de pluralismo, matriz de democracia); sus centros decisionales en comunicaciones siguen sin consultar la investigación nacional; nuestras comunicaciones sociales están con demasiada frecuencia en manos de oligarquías mercantiles o gubernamentales, por lo que somos la única región del mundo que carece de grandes Servicios Públicos nacionales de radiotelevisión; no caben dudas de que un cuadro así exige del investigador local un compromiso moral y político permanente con su propia sociedad. Dos países de fuertes turbulencias parecen hoy simbolizar esa problemática tan latinoamericana: México por motivo de su nueva y valiente reforma constitucional en Telecomunicaciones que busca democratizar un entorno comunicacional tradicionalmente controlado por dos prepotentes polos hegemónicos privados reacios a ceder parte de sus viejos poderes, y Vene-

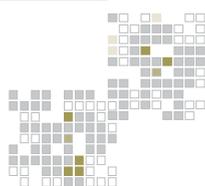




zuela en razón de una política gubernamental autodenominada de “hegemonía comunicacional” que viene cercenando una tras otra las voces de la oposición en prensa, radiotelevisión y medios electrónicos, instaurando una situación cada día más parecida a la cubana. Dos países-símbolo que tal vez nos están enviando un mismo mensaje: que “hegemonía” (un término de origen militar), sea ella de derecha o de izquierda, de raíces griegas, mercantiles o gramscianas, es palabra sucia en comunicaciones, un sector donde debe reinar la libertad con pluralismo si queremos democracia, civilismo, tolerancia y concordia ciudadana.

Estudiar los “desafíos de la contemporaneidad” desde la perspectiva regional; para eso, *inter alia*, creamos ALAIC, cuyos Estatutos abundan, en su Art. 3, en llamados a la concertación, el intercambio y la cooperación entre instituciones e individualidades nacionales. Somos un continente de homogeneidades; varios de nuestros problemas comunicacionales tienen perfiles análogos, nuestros *decision makers* padecen de una misma ceguera, o cultivan intereses torcidos, ante la problemática de la comunicación; tres buenos motivos para fortalecer siempre más la dimensión regional de la Asociación. Aprovecharé el uso de la palabra para reformular una sugerencia ya hecha en otra oportunidad: ALAIC le prestaría un extraordinario servicio a la región, a sus miles de escuelas, cientos de institutos de investigación de la comunicación y millares de instituciones públicas y privadas del sector, publicando (en colaboración con ONG y OIG especializadas del Sistema de N.U y otros) un Anuario Latinoamericano-caribeño de las Comunicaciones y Telecomunicaciones que reúna los principales datos regionales en materia de prensa, agencias de prensa, cine, radio, televisión, telefonía, inversiones del sector público, gasto publicitario, micro-onda, fibra óptica, cables submarinos, sistemas satelitales, computación, flujos intra y extra-regionales de información, densidades, costos y velocidad de bajada de Internet, redes sociales, producción regional de bienes e insumos de la comunicación y otros. Estoy absolutamente convencido que una publicación así – de auto-financiamiento relativamente fácil – nos acostumbraría poco a poco a “pensar región”, volviéndose en pocos años una imprescindible fuente de datos para incontables investigaciones y tomas de decisiones, lo que aseguraría a ALAIC la visibilidad regional e internacional que garantiza la publicación de una obra de gran utilidad.

En cuanto a la dimensión universal, global, de las comunicaciones (su porción ontológicamente más relevante), en un cónclave como el presente es lícito preguntarse qué está aportando Latinoamérica al análisis en profundidad de este motor de la mundialización, qué añade su reflexión teórica al concierto de la investigación internacional y a las previsiones de la futurología comunicacional, qué hacemos en favor del pluralismo a escala global, por la independencia de la información, la neutralidad de la red y la libertad de comunicar “sin limitación de fronteras” como reza el Art. 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, contra las groseras intrusiones de un espionaje telefónico y electrónico capilar e implacable, o en favor de una red mundial de conocimiento com-





partido. Qué hacemos, incluso, para dar a conocer mediante un esfuerzo editorial cuando menos en áreas anglófonas y francófonas, lo mejor de la producción teórica latinoamericana de los últimos decenios, algo que tal vez pudiera lograrse con la ayuda de la IAMCR.

Esto por un lado. Por el otro, no olvidemos nunca que somos la única región del mundo con más de dos mil facultades o escuelas universitarias de Comunicación Social, y que pareciera urgente y necesario un encuentro sistemático y sustantivo de ALAIC con FELAFACS para un *aggiornamento* tanto de los grandes proyectos de investigación de la primera, como de los pensa de estudio de los asociados a la segunda. La devolución del poder de emitir a la humanidad entera y su acceso facilitado a múltiples e inmensas fuentes de conocimientos están transformando implacablemente, y para bien, nuestro entorno comunicacional/cognoscitivo. No podemos seguir enseñando la “comunicación social” con viejos patrones mentales, ni investigarla con las periclitadas categorías, muchas de ellas híper-ideologizadas, de un pasado aún reciente pero vinculado a sistemas comunicativos autoritarios y absolutamente ignaro de lo que vendría. Todo el que se mueve hoy en ámbito comunicacional, profesional o investigativo, necesita manejar conocimientos de historia de las comunicaciones (comenzando por la de sus propios país y región), de macro y micro economía de las comunicaciones, de legislación y regulación en comunicaciones y por supuesto de tecnologías de la comunicación. A nuestras generaciones les ha tocado vivir y protagonizar la conclusión de una fase histórica que se inició en el siglo XIV a.C. con la invención de un código analógico llamado alfabeto en el que hemos vaciado 35 siglos de conocimientos, y al nacimiento de una fase nueva signada por la aparición de un dígito-binario que permite codificar no sólo el habla sino la totalidad de los signos inventados por el hombre, dando vida a novísimos modos de enciframiento, conservación y transmisión del saber y a formas discursivas multimediales. La historia de los códigos es en gran parte la historia de la civilización humana; nuestro saber es sólo lo que podemos expresar y comunicar en códigos y lenguajes. Recordemos tan sólo un episodio histórico: los fenicios lograron convencer al pueblo griego de las bondades y superioridad del código alfabético, de su “lineal fenicio”, sólo en el siglo X a.C. ¡Bastaron menos de dos siglos para que esa cultura, ahora alfabetizada, produjera la Ilíada y la Odisea! Nosotros no sabemos aún cómo serán la literatura y la poesía, la música y el teatro, el audiovisual y el periodismo, la ciencia, o la humana intersubjetividad dentro de algunos decenios, cuando el dígito binario, la comunicación para todos y la multimedialidad habrán florecido y producido los Homero de nuestra época.

Detengámonos aquí: investigar en comunicaciones es una de las aventuras intelectuales más apasionantes de nuestra época

Muchas gracias,
Antonio Pasquali

Recibido: 12/11/2014
Aceito: 05/12/2014

